

ADMINISTRACIÓN CIENTÍFICA, EDUCACIÓN Y RACIONALIDAD MODERNA

Prof. Rosa Amalia Blanco(Facultad De Humanidades, UNNE)

Voy a plantear muy escuetamente, los presupuestos fundamentales de la administración como ciencia, después intentaré remitir esos supuestos a una trama teórica, a una cosmovisión, la del Programa de la Modernidad y en ella, también articularlos con la educación porque considero que algunos elementos de esta trama conceptual pueden contribuir a la reflexión y debate que suponen estas Jornadas.

Intento abordar este espacio de “pensamiento –acción” no sólo en relación a la producción o debate académico, sino también en el sentido de gestar la posibilidad de articular experiencias, propuestas, trabajos y producciones de actores que tienen que ver con la administración desde otros lugares, como en este caso, desde la educación.

Más allá de la complejidad de pensar el presente, creemos que el desafío-no sólo para los expertos en administración sino para todos los intelectuales, es poner a disposición de la comunidad herramientas de abordaje de las muy complejas realidades que atravesamos. Porque creemos que las ideas, los conceptos, las teorías y las prácticas tienen que servir para poder operar sobre la realidad. Se trata entonces de ver, cuál sería la utilidad de las ideas puestas en juego aquí, no sólo en esta comisión, sino en el transcurso de estas Jornadas y a quiénes se supone que estas ideas deben servir. Y esto define la naturaleza política del rol del intelectual. Vamos a sostener aquí, que el rol constitutivo del intelectual es el de articular lo disperso, trabajar para la producción de lo social, que no es en sí, ni existe desde siempre. Siguiendo a Laclau, diremos que “lo social es articulación y discurso”. Y es en esto que intentamos trabajar.

Poner en duda aquellas teorías, o ideas que funcionan como verdad en un momento dado es una operación deconstructiva que funda, por decir de algún modo, la posibilidad de la crítica. No se trataría de abandonar aquellas ideas que por conocidas se hallan vaciadas o que fueron cooptadas y convertidas en cliché, sino más bien de la operación inversa: volver a pensar esas ideas para retomarlas desde lo que tengan aún de posibilidad de cambio, desde su núcleo más potente o para abandonarlas si ya no nos sirven. Estamos proponiendo una tarea de desacralización del conocimiento científico que ha fundado nada más y nada menos que el campo de la “administración científica”. Intentamos pues interrumpir la repetición perpetua de las ideas para posibilitar que se produzca algo del orden de la diferencia.

Y esto lo vamos a plantear, en el contexto de una crisis estructural generalizada de largo alcance que se observa en distintas dimensiones. Tal dislocación provoca la proliferación de significantes flotantes, lo que implica la pérdida de significados maestros que habían organizado y dado sentido a las sociedades en este siglo y a las vidas de los individuos que en el seno de tales sociedades se habían desarrollado.

Max Weber, tal vez el pensador más lúcido y que primero sintetizó el fenómeno de la organización, la concibió a partir de algunos rasgos comunes que lo llevaron a denominar un “tipo ideal”. Esos rasgos comunes son la especialización de las tareas, una estructura de actividad claramente definida, descripción de los puestos formales y un clima de impersonalidad. Estudiosos posteriores cuya disciplina se convirtió en “administración científica” acentuaron algunos de estos aspectos y desarrollaron ciertos temas. Podrían evocarse así y a modo ilustrativo, los vinculados con la especialización del trabajo, la unidad de mando y de dirección, la lealtad de los trabajadores a la empresa, los límites y extensión del control ejercido por la organización.

Esta concepción de la organización se basa en tres supuestos básicos: el primero es el que define como relaciones humanas fundamentales en el seno de la empresa solamente a aquellas que contribuyen a la obtención de sus objetivos; el segundo, se relaciona con el excesivo énfasis atribuido a la dimensión racional de las conductas en detrimento de aquellos aspectos vinculados a la dimensión afectiva, emocional, y en tercer lugar, el papel conferido a la coerción y el control como métodos eficaces para lograr el ordenamiento de las relaciones humanas.

Bernardo Klisberg ha definido la “administración” como el conjunto de conocimientos referentes a las organizaciones e integrado por nociones atinentes a la explicitación científica de su comportamiento y por nociones atinentes a su tecnología de conducción.

Esta definición puede ser entendida como la síntesis de un proceso de decantación de las diferentes concepciones adoptadas en el ámbito de la “administración científica”. Una saga que se inicia a principios de siglo con las contribuciones de Frederick W. Taylor en su clásico libro “Principios de la administración científica” (1961), continúa con la obra de su contemporáneo Henri Fayol en Administración industrial y general (1961).

Si uno examina los aportes de Klisberg puede establecer algunas notas conceptuales que ayudan a comprender esta definición. En primer lugar, establece que las teorías de la administración tratan en general de todo tipo de organizaciones, sean estas de carácter social, cultural, económico o religioso, etc. De ahí que el tema de la administración lo constituye tanto la empresa pública como la privada, tanto un hospital como una escuela, una biblioteca o una fábrica de automóviles. En segundo término, la administración parte del supuesto de la universalidad de las organizaciones, esto es, todas las organizaciones ofrecen características comunes que permiten postular la posibilidad de estudiarlas como un sujeto unitario.

La administración, en tercer lugar, comprende el análisis teórico, a nivel científico, del comportamiento de las organizaciones. Es por ello que la ciencia de la administración determinó, en primera instancia, un vocabulario científico y sus categorías de estudio, para luego proceder con las distintas etapas de todo proceso de investigación científica.

Por último, sostiene que la administración incorpora también una tecnología o conjuntos de conocimientos en materia de procedimientos de operación aplicables a la obtención de mayor eficiencia de las distintas áreas de las organizaciones.

Debemos agregar a estos señalamientos el hecho de que muchos analistas omitieran decir que las empresas-en su acepción más amplia- son algo más que la sola forma de organizar de manera eficiente la producción de bienes y/o servicios. Para algunos estudiosos de la temática las empresas son algo así como una comunidad cerrada que opera dentro de otra comunidad, que tiene su propia dinámica, su propia estructura social. También decimos que los comportamientos no esperados en una empresa se etiquetaban como elementos disfuncionales o perturbadores del orden o como elementos que atentaban negativamente contra las condiciones de un adecuado desempeño de las organizaciones. Esto es, iban contra los principios de la perfecta adecuación de los medios a los fines y la utilización de normas abstractas y universales. Subyace en estas teorías el criterio de la racionalidad que garantiza la eficacia de la organización. Las consecuencias de estas concepciones y supuestos de este patrón organizacional, se incardinan en los indicadores de la crisis actual.

Que la educación podía ser un elemento clave de reforma social era algo que el liberalismo tomó de las raíces ilustradas a través del utilitarismo de Bentham y Stuart Mill. Pero mientras el pensamiento ilustrado recurría a las metáforas del crecimiento moral del género humano asociadas a una “Bildung” colectiva, este liberalismo tendió a lograr una suerte de “hedonismo psicológico” según el cual una educación auténticamente social pasó a ser aquella en la que una determinada programación consigue fomentar en el hombre educado las asociaciones de ideas necesarias para que la búsqueda de su felicidad individual redundara en la de los demás.

La educación liberal tomó así del utilitarismo la convicción de que el hombre educado debía ser un hombre práctico, un hombre formado para la vida práctica. Sólo una educación científica podía ser realmente una educación para la vida, pues solo ella se adecua al desarrollo de la inteligencia como un uso eficaz, preciso y rentable de la mente. El instrumentalismo de esta concepción es evidente y se monta sobre un trasfondo economicista. Dewey –coetáneo de Weber- dirá que la ciencia es la expresión del compromiso racional con una forma democrática de organización social. En la herencia del liberalismo reformador de Horace Mann Dewey creía que la evolución de un orden industrial dirigido por la inteligencia científica y canalizado por un sistema educativo racional debía conducir a una sociedad más democrática. Su pensamiento fue uno de los primeros hitos del eficientismo social que apoyado por las teorías de la meritocracia y la ideología del capital humano contribuirían al predominio de la sociología funcionalista, de la educación y las visiones de la tecnocracia sostenida por muchos teóricos del postindustrialismo.

Todas ellas asumieron que la educación funciona como un gran laboratorio en el que se ensayan los problemas de la libertad individual y la igualdad social y que la racionalidad educativa se imbrica en la racionalidad del sistema global como garante de las destrezas mentales que son reconocidas en el mercado.

Por su particular relevancia para la crítica a la educación moderna debe atenderse al uso de la noción de “cosificación” de la vida, del espíritu, de la cultura. Esta noción fue determinante del temple metafísico que subyacía al estado de ánimo con que se iniciaron los análisis de la burocracia. La metáfora de la máquina es representativa de ese “pathos” metafísico. Una máquina sin vida es la materialización de la mente. También es una materialización de la mente esa máquina viviente que representa la organización burocrática con su trabajo disciplinado, especializado, su delimitación de áreas de competencias, sus regulaciones y sus relaciones de obediencia estratificadas de forma jerárquica. La máquina aparece así como la imagen de una ingeniería cultural cosificada. Esta metáfora adquiere relevancia en el clima de amenaza cultural que acompañó el surgimiento de las teorías sobre los peligros de la civilización técnica y la burocratización. Por burocracia entendemos aquí una forma de ordenamiento cuya validez estriba en el prestigio cultural de las normas racionales y la representación significativa de la legalidad

Es en el entrecruzamiento de la vida cultural y el desarrollo de la racionalización burocrática, en donde se forja la imagen de la educación como la institución neutralizada y culturalmente inerte. La burocracia es una forma específica de dominación y lo específico de la burocracia como forma de dominación es-citando a Weber- el carácter racional que le confiere el hecho de ser ejercida a través del conocimiento.

El Estado moderno es el más fiel representante de esta forma de dominación por cuanto la ampliación (cuantitativa y cualitativa) de sus tareas halló en ella la fórmula más adecuada de su principio de la división del trabajo.

La creciente expansión de la administración, significó también el crecimiento de un estilo de dominación ejercido a través del conocimiento tenido por racional. La difusión del racionalismo y su efecto de rutinización de la cultura, será a la larga la que permitirá la progresiva concentración del poder en manos de los expertos técnicos, administradores y planificadores y sus planificadores.

Es este el marco en el que la administración se irá configurando cada vez más en el sentido de una calculabilidad medios-fines.

Bell ,afirmará que la sociedad postindustrial, en su lógica inicial, es una meritocracia. En esta etapa de la modernidad, predominó un discurso pedagógico centrado en la idea de que el principal problema de la nueva sociedad estribaba en la productividad de la educación como inversión rentable, tanto desde el punto de vista político como económico. En una palabra, la educación aparecía como un elemento clave de la modernización política, económica y social. La tendencia dominante en el discurso de la ciencia de la educación democrática ha sido la ciencia de la inteligencia para el mercado . Podrían pensarse en esta lógica las demandas que actualmente se hacen a la educación desde algunos sectores acerca de l necesidad de “formar para el trabajo.”

Esta derivación economicista del instrumentalismo deweyano supone por un lado, que el crecimiento personal es productivo si su regulación científica permite acotarlo socialmente como cualificación, por otro, que dicha regulación ,dada su condición neutral, le proporciona un contexto de oportunidades de desarrollo iguales a las de los demás. Mérito y cualificación aparecen así como las dos caras de una misma moneda. Como puede inferirse, la conformación de un eficientismo institucional-del que la administración forma parte- articula la reforma social con la empresarial y facilita la expansión del ethos científico de la educación tecnocrática.

Intenté mostrar hasta aquí el “alma de la modernidad” –siguiendo a Terrén - la ilusión de educar al mundo en un proyecto de felicidad colectiva; la fe en una forma racional de organizar el mundo, de saber sobre él y de poder transmitir ese saber para garantizar un estilo de vida racional. Esta fe permitió legitimar el proyecto cultural moderno y el orden capitalista, que como toda forma de dominación, necesita legitimarse para ser hegemónica. ¿Qué pasa hoy con esa fe? ¿en qué consiste el debilitamiento ideológico de la modernidad. Esas convicciones básicas y el entramado simbólico que las sostiene hoy están socavadas, cuestionadas. Es en ese marco en que creemos deberíamos pensar el tema de las administraciones al servicio del desarrollo humano como plantean estas Jornadas.

¿Cuál es el estatuto epistemológico de los nuevos y viejos lenguajes que pueblan el campo disciplinar que hoy nos ocupa? ¿Cuáles las teorías que nos invisten con roles y tareas en busca de la eficiencia y la productividad? ¿Cuál es el logos, la lógica o racionalidad que intentamos instituir y reproducir? ¿cuáles creencias sostenemos a veces implícitamente otras no tanto? Las representaciones, elaboraciones que los agentes sociales hacen (hacemos del mundo empírico) corresponden al orden simbólico, al orden del lenguaje sin cuyo auxilio ningún objeto/proceso empírico es susceptible de ser integrado a la vida social. La realidad es ya parte del orden simbólico.

Este modo de pensar que puede ser explicado en términos de dos matrices de conocimiento: la del conocimiento por revelación y la del conocimiento por iluminación. En apariencia la primera parece haberse dejado atrás para ser reemplazada por la luz “objetiva”, “segura” de la razón. Esta mirada es consustancial con aquél momento de predominio del cientificismo cuando la fe exacerbada en el poder de la ciencia prometía un bienestar floreciente para la civilización. Hoy sabemos que en la base de cualquier ciencia, operan las creencias, que en los cimientos de toda objetividad hay supuestos indemostrables- Aristóteles diría, “el motor inmóvil” la causa que no tiene causa, más en nuestros días decimos que “no hay epistemologías sin sujetos” o como repite con frecuencia el Dr. Juan Samaja “toda empiria está cargada de teoría”. La pretendida objetividad es una ardua construcción no exenta de convenciones, de acuerdos, de conflictos y atribulada -siempre- por la posibilidad de la fuga, de la inconsistencia subjetiva.

La condición posmoderna nos enfrenta a un nuevo orden mundial en tránsito hacia una organización tecnoeconómica postindustrial que define una nueva división internacional del trabajo y una reconversión social que nos muestra una estratificación social regresiva, en la que conviven los ghettos de la riqueza y a la sofisticación tecnológica con los bolsones del hambre, y la creciente exclusión. Se trata de una crisis civilizatoria global y profunda que a escala planetaria señala el derrumbe de los fundamentos y principios últimos, el de las verdades absolutas y dogmáticas, el de un mundo histórico que nos llena de incertidumbres y de zozobra pero también nos inquieta y estimula a la discutir desde la Universidad las siguientes cuestiones: a) el problema de la construcción de regímenes de verdad, lo que implica deconstrucción, descolonización, desnaturalización del pensamiento, b) la construcción transdisciplinaria del conocimiento que se opone a toda reducción, a toda fragmentación de los saberes y eso requiere el compromiso de las Universidades públicas en la construcción de políticas que articulen pensar, sentir y hacer. Pensar en suma, lazos comunes entre ciencia, filosofía, ética y política., c) esto último conlleva la necesidad de luchar contra la idea de que “la economía es el todo”. Hay otros valores en el mundo que no podemos comprender posicionados en un pensamiento económico, tales como la justicia, el amor, la libertad. Aceptar esto nos lleva a pensar en la necesidad de volver a acordar, el valor, el sentido por el cual esta Universidad se creó, su finalidad propia.

Bibliografía consultada:

BUENFIL BURGOS, Rosa Nidia. Cardenismo: argumentación y antagonismo en educación. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. México, 1994.

POZNER DE WEIMBERG, Pilar. El directivo como gestor de aprendizajes. Aique, 1998.

TERREN, Eduardo. Educación y modernidad. Entre la utopía y la burocracia. Anthropos. Barcelona, 1999.

1RAS. JORNADAS DE ADMINISTRACIÓN DEL NEA-
ADMINISTRACIÓN CIENTÍFICA, EDUCACIÓN Y RACIONALIDAD
MODERNA(Abstract)

Se plantean en esta intervención, los presupuestos fundamentales de la administración como ciencia, para vincularlos a una trama teórica, a una cosmovisión, la del Programa de la Modernidad. En esa construcción simbólica se introduce el papel de la educación como necesaria en la construcción simbólica que legitima el proyecto cultural moderno y el orden capitalista. Se trata de mostrar que la expansión de la administración significó también el crecimiento de un estilo de dominación ejercido a través del conocimiento tenido por racional. La difusión del racionalismo y su efecto de rutinización de las culturas posibilita que la "administración científica" se configurara cada vez más en el sentido de una calculabilidad medios-fines. Puestos en crisis esos presupuestos se intenta una reflexión para volver a pensar el acerca del estatuto epistemológico de las ciencias de la administración eniendo como parámetros una nueva división internacional del trabajo y una estratificación social regresiva que en la que conviven los ghettos de riqueza con los bolsones del hambre y la creciente exclusión.